Reflexiones sobre la influencia de la Iglesia en los criterios de realidad del costarricense

Dorelia Barahona

Tradicionalmente se han hecho investigaciones sobre la identidad del costarricense, del ser costarricense, partiendo de un individuo similar a una esfera pulida. Individuo idealizado, sin negativos, hijo de la democracia y de la paz, pasivo, individualista y escurridizo, pero en definitiva, hermano superior de Centroamérica.

Se han encargado, claro está que esto se debe a diferentes intereses, de disculparlo a cambio de su sonrisa bonachona, neutral y amante de altos valores. Pero el costarricense es mucho más que este compendio de cualidades y defectos positivos; prueba de ello son los últimos acontecimientos político delictivos del país, ejemplo de ello, un grupo de ex funcionarios del organismo de investigación judicial secuestran a la sesión plena de los magistrados de la Corte Suprema de Justicia del país. Sus motivos: frustración de vida, a uno de ellos se le niega una incapacidad por enfermedad. Otro ve correr el dinero en el trabajo, (tiene que vigilar a varios narcotraficantes durante sus juicios) saben además, que las leyes no protegen realmente al ciudadano y por último, la justificación final: el dinero lo querían para un transplante de hígado de uno de ellos. La opinión pública por fin suspira aliviada. Sí, los secuestradores eran ticos, anteriormente se había mencionado a colombianos o nicas, pero pobrecitos. En el fondo se sabía que era para algo bueno.

Actualmente sabemos que el costarricense es mucho más que el producto de una mezcla de cosmovisiones durante la Colonia en donde la magia y la religión se abrazan y se odian (ambas por lo demás interesadas en que el individuo huya sistemáticamente de cualquier existencia que no sea la proyección de alguna divinidad hasta transgredir incluso, los límites de la normalidad). Es más que el campesino de la pequeña parcela, simulacro de unión familiar y "sagrada familia", más que el hombre de clase media que lleva a sus hijos los sábados a levantar la paloma de la paz. Es además, mímesis, transculturación, paternalismo, desidia, represión sexual, ignorancia. Es el que en definitiva juega a una realidad que no le corresponde del todo. El ser del costarricense entendido ser costarricense más como pertinencia psicológica como identificación, que como deber metafísico, concepto ontológico o excusa política, está de pie sobre un suelo que construye según su propia manipulación. Apoyado en sus intersticios ocultos, escudado en su religión, construye su ideología en una doble dimensión, real e imaginada.

Somos una de esas culturas que en vez de exigir demasiado de sus miembros, no exigimos nada por medio de una negación sistemática de lo real.

Los ticos, decía Constantino Láscaris, filósofo español radicado en Costa Rica, hasta su muerte, son como el nido del macúa: (según versión campesina), el nido del macúa generalmente tiene dos huevos, decía, de uno sale un pichón, del otro una serpiente. Y aunque estudiemos todos los nidos de macúa que hay en el país, nunca sabremos de antemano de cuál saldrá la serpiente.

Sabemos que el resultado de este ser costarricense favorece los intereses del orden dominante. Nuestra preocupación se centra más bien, (ya que el término orden dominante es fantasmal, siempre habrá un orden dominante), en ¿cómo reconciliarlo dentro de este orden, cómo podrá salvarse epistemológicamente como individuo que respeta su dimensión real? ¿Cómo lograr que su habilidad para sobrevivir y adaptarse a una cultura que le pide dualidad y desintegración, no agreda sus deseos, sus incapacidades, sus limitaciones, en definitiva, su estructura profunda? Creemos que la respuesta está orientada en dirección a la

búsqueda de un proceso de racionalización sano, donde los grandes mitos sean convertidos en pequeños mitos, portátiles, adaptables a nuestras necesidades socioculturales y religiosas, adaptables a su vez al entarimado político económico. En lugar de la concepción del mito como una gran piedra estática monolítica, (centro de peregrinaje macrotalizador de la represión), el hombre, debe aprender a manipular sus mitos acercándolos a una dimensión más humana. Pequeños mitos que nos ayuden a vivir sin que desintegren nuestra identidad.

El papel de la iglesia, ha sido fundamental en la constitución de nuestra identidad como nación al igual que en el resto de América Latina y de Centroamérica (y cuando hablamos de la iglesia nos referimos tanto a sus fundamentos doctrinales, encíclicas, testimonios, sagradas escrituras, manifiestos teológicos, etcétera, como, y en mayor grado, a la comunicación directa entre el párroco, el sacerdote, el catequista y los fieles, así como a las opiniones expresadas por sus representantes a través de los medios de comunicación. Es esta comunicación directa la que en definitiva forma al ciudadano católico que muy raramente lee otro tipo de apoyo religioso).

Por un lado la iglesia nos ha ayudado a progresar —liberación de mitos primitivos, el conocimiento del mundo racional, válido aunque ligado a su mismo proselitismo, etcétera—; por el otro, a detener nuestro proceso de aprendizaje —creación de nuevos mitos, represión de otros conocimientos, etcétera. Es conveniente anotar aquí el caso particular de Costa Rica.

En 1884 bajo el gobierno de Próspero Fernández son expulsados los jesuitas del país, lo que inicia un proceso de secularización diferente al del resto de Centroamérica. Este proceso ha sido fundamental en la construcción de nuestra mentalidad. Las tradiciones religiosas disminuyeron notablemente. El tico no lee sagradas escrituras ni experimenta una religiosidad profunda. Aunque tenga que mostrar que sí lo hace por formalismo social. El mecanismo empieza a funcionar; soy uno y represento a otro, pero también soy los dos, entonces ¿quién soy? ¿Cómo tener una opinión si soy varios? ¿Cómo definir mi entorno si no puedo definirme a mí mismo?

Los costarricenses vivimos inmersos en esta lucha de realidades elaborando complicadas estrategias psicológicas para estar a tono con lo dominante. Un ejemplo de esto es la doble moral (la televisión nos da charlas de educación sexual que la iglesia avala, no así el párroco, la familia y la comunidad). ¿Qué hacer para sobrevivir a esto? ¿Crear una fantasía?, ¿conducirse de día en una forma y de noche en otra?, síndrome Catherine Denueve en el film Bella de Día o Clark Kent según se mire; ¿o desarrollar conductas esquizoides avalando falsas visiones de idílicas sagradas familias, cuando sabemos que en realidad más del setenta por ciento de los hogares costarricenses los llevan mujeres solas? ¿Desarrollar mitomanías disfrazadas donde los hombres llevan teléfono celular "de mentiras" dentro de un auto que no es de ellos, como parte de un proceso de desculturización?, y a esto, agreguémosle el número creciente de homosexuales que narran proezas imposibles, (otros síntomas de mitomanías) todo con tal de no reconocerse a sí mismos frente al espejo de su historia personal, que es la historia de su pueblo, de su ideología. Todo con tal de ser ese otro, pero aceptado, eso sí, por la moral convencional de su entorno.

La iglesia participa en la creación de estas conductas, conductas que llegan a influir en la esfera sicoafectiva de los individuos y es allí en donde la mujer lleva la peor parte. Ejemplo de esto son las constantes agresiones sexuales de que es objeto, la dualidad "madre-puta" que se le inculca, el culto al hombre como centro del hogar, que predica la iglesia, el párroco a una audiencia en su mayoría compuesta por mujeres, aunque este hombre no exista y sean ellas mismas las que lo conforman. Autonegándose para sí la figura del hogar y su valor como mujeres.

También el hombre sufre, de inhibición afectiva que lo lleva a la disociación, a la agresión, en particular contra el sexo opuesto. Prueba de ello es el alto índice de violaciones a niñas por parte de parientes y personas cercanas a ellas, en nuestro país.

Agreguemos a lo anterior otras características de nuestras sociedades actuales, a saber, el efecto antiansiógeno del alcohol y otras drogas, la televisión como narcótico y evasivo, sobre todo, los programas en series como las telenovelas y la programación de fin de semana (programa equivalente a un Don Francisco subdesarro-

llado), donde en seis horas de fantasía adormecen cualquier brote de crecimiento personal, en un tiempo dedicado al ocio, tiempo importante para la restauración personal, etcétera.

Vemos como, tanto la transculturización como cualquier tipo de desindividualización y disociación, tienden a la agresión. Ante éstos habrá unos individuos, como hemos dicho anteriormente, que luchan por adaptarse, desarrollando mecanismos especiales y otros sujetos que no lo logran, lo que conlleva a sociedades enfermas patológicamente, (entendiendo enfermedad mental como una regresión psicológica). Neurosis, psicosis y esquizofrenia, (el yo, ya no puede cumplir su doble misión diferenciadora de individualización y de socialización) son las enfermedades características de nuestras sociedades.

No podemos llamar como culpable a un solo aspecto de la sociedad, por ejemplo la influencia de la iglesia... etcétera, porque vemos a la sociedad como un todo, un ser viviente en constante transformación, en donde tanto la parte biológica, psicológica, como la económica, política y religiosa (como compendio de mitos) conforman al sujeto que la integra. Es el equivalente a un cuerpo que no puede prescindir de una pierna a pesar de que esté envenenando al resto del cuerpo. Se trataría más bien de reorientar o encauzar la parte enferma para que el resto del cuerpo genere los anticuerpos necesarios para poder convivir con ella.

Por eso creemos que la respuesta no se encuentra en las grandes soluciones; por ejemplo el afirmar que la religión es el opio de los pueblos o el creer que el hombre pueda vivir sin mitos. Sino más bien en el estudio y revaloración de todos aquellos elementos que van conformando nuestra idiosincracia, la limpieza y luego la correcta puesta en práctica nuevamente de ellos, en nuestra sociedad. Uno sería en el caso de la iglesia católica, y esto no es sólo en nuestro país, ya que es un valor universal, la justa permanencia en la sociedad de máxima como *Amarás a tu prójimo como a ti mismo*. Mandamiento que ha sido semilla, tanto para la teoría del inconsciente de Freud, para las revueltas del 68, para los postulados ecologistas, para la Cruz Roja, como para cualquier arrebato de humanidad que haya dejado escapar el mundo.